

Publicación:

Diario *Siglo Veintiuno*, Suplemento “Nosotras” (Guatemala): 1-IX-94

Diario *La República* (Guatemala): 2-IX-94

Revista *fempres* (Chile): agosto/95, No. 166

Todas queremos la vida

Laura E. Asturias (Guatemala)

Estas líneas están inspiradas en el relato “Desde el principio” de Pamela Arzú y Cinthya Fuentes, universitarias guatemaltecas “pro-vida”, publicado en el suplemento “Nosotras”, de *Siglo Veintiuno*, el 26 de agosto de 1994. Mi relato no gira, como el de estas jóvenes, en torno a Pablo, último de ocho hermanos que milagrosamente encuentra su voz desde el vientre de su madre María, haciéndola fluir a través de los dedos de las autoras. El mío versa, simplemente, sobre otra pobladora del mundo que, a raíz de un consciente deseo de hacerlo, aportó al planeta una niña y un niño más, y acerca del proceso de su arribo.

Crecí en un típico hogar guatemalteco de clase media alta. Padres católicos: una madre practicante de la religión y un padre que, aunque rebelde ante toda imposición, y como frecuentemente sucede con quienes se han alejado de su propia espiritualidad, encontró paz y refugio en Dios en los últimos años de su vida, en el programa de Alcohólicos Anónimos.

Tuve originalmente una instrucción católica y esto me llevó, hacia el final de mi adolescencia, a involucrarme en el Movimiento de Emproístas, en el cual fui guía de un Encuentro Juvenil. Una de las figuras más importantes en esa etapa de mi vida fue un sacerdote estadounidense quien más adelante decidió, como tantos otros lo han hecho, que el celibato no era para él y abandonó la sotana a cambio del matrimonio y la paternidad.

Años más tarde, cuando conocí al hombre con quien llegaría a casarme, decidí conscientemente que quería explorar con él todos los aspectos de nuestra relación, incluyendo la sexualidad. Juntos visitamos a un ginecólogo que nos informó sobre varios métodos anticonceptivos. Optamos por los preservativos, y sólo entonces nos iniciamos, juntos y por primera vez en la vida de ambos, en el sexo compartido. Mientras tanto, otras a mi alrededor quedaban embarazadas, en su mayoría, sin siquiera una vaga conciencia de la causa del embarazo o de cómo éste transformaría sus vidas.

Una vez casada, utilicé por más de tres años el método de Billings de planificación familiar (que la iglesia ha dado por llamar “natural”) pues entonces, a diferencia de lo que sucede hoy día, no existía una amplia información sobre toda la gama de métodos seguros para espaciar los embarazos.

Mi hija fue concebida a pesar de mi larga experiencia en la toma de temperatura y el análisis del flujo vaginal. No es que el método no funcione, sino que su éxito está tan sujeto a los cambios hormonales de toda mujer y, por qué no decirlo, también a los

“olvidos” que todas las parejas sufren cuando deben escoger entre expresar su natural deseo sexual cuando éste surge o esperar esos largos días hasta que ya no existe el riesgo de un embarazo no deseado. Y, por supuesto, en nuestros países su éxito sería viable si la violación no fuese una ocurrencia cotidiana para tantas mujeres dentro del matrimonio.

Después del nacimiento de mi hija y del periodo de lactancia materna opté por otro método de espaciamiento pues el cuidado de mi hija tomaba precedencia sobre la matutina toma de temperatura. Me parecía que había cosas más apremiantes. Mi marido y yo no quisimos volver a los preservativos, de modo que elegimos la espiral, la cual nunca me ocasionó problema alguno. En el fondo, sin embargo, yo resentía el hecho de que la mayor parte de la responsabilidad de la planificación de mi familia recayera sobre mis hombros. Cuatro años después nació mi hijo.

Por elección personal, y debido a que soy olvidadiza, jamás he utilizado la píldora anticonceptiva. Nunca he tenido una pérdida ni un aborto, lo cual atribuyo, en mi caso, a una anticoncepción responsable. Soy, además, una ferviente promotora de la lactancia materna, no solamente por los grandes beneficios que ésta representa para el recién nacido, sino también como forma de espaciar los embarazos.

Hoy puedo decir que mi hija y mi hijo fueron deseados simplemente porque, también desde el principio, fueron planificados y porque su padre y yo hicimos uso consciente de nuestro buen juicio, de nuestros derechos de pareja y nuestra responsabilidad conjunta para traerles al mundo de acuerdo a nuestros deseos, posibilidades y recursos. Aunque es de lamentar el hecho de que ese padre esté ausente en nuestra escena hogareña, mi hija, mi hijo y yo constituimos una de esas familias que no figuran en el diccionario vaticano: las de hogares encabezados por mujeres. Luchamos por encontrar las mejores formas de integrarnos y vivir en armonía en un mundo violento, sanos los tres y con principios y valores que se fortalecen cada día más.

Desde que tomé conciencia de mi condición de mujer y me asumí feminista como consecuencia inevitable de ello, no he dejado de pensar que las mujeres, en una sociedad que nos segrega con el objetivo fundamental de mantener a los varones en las posiciones de poder y a nosotras al servicio de ellos, debemos encontrar los numerosos puntos de coincidencia en nuestras vidas aun cuando éstas se rigen por mandatos diametralmente opuestos. Esos puntos existen, aun a pesar de la polarización que tantas veces marca nuestros destinos, y quizás los más fundamentales sean dos: ser mujeres y estar dotadas, por lo general, de la capacidad de ser madres.

Nuestro potencial para la maternidad representa enormes alegrías. Pero implica también serias responsabilidades que deben ser consideradas a fondo antes de asumir funciones que no permiten vueltas de hoja. La maternidad responsable, tal como la concibo, es precisamente la conciencia tanto de las obligaciones y las alegrías como de la duración de esas funciones. Entraña un efecto perdurable y virtualmente eterno ya que, una vez madres, somos madres para siempre.

Considero, y ésta es una opinión profundamente personal, que la inmensa mayoría de mujeres somos “pro-vida”, sin que esto implique afiliación a organización alguna. Conozco muchas mujeres, en su mayoría católicas, que han terminado voluntariamente sus embarazos, pero ninguna de ellas ha expresado jamás alegría de haber recurrido al aborto. Y todas, sin una sola excepción, lamentan más aún la desinformación que dio lugar a un hecho tan terminante. Desembarazarse es, para cualquier mujer, el recurso más doloroso pero, fundamentalmente, el último recurso.

Estamos todas por la vida pero, de poder escoger, elegimos la vida cualitativa, la vida plena e integralmente sana, la vida que no nos obliga a optar por ese último recurso producto de la ignorancia, de la falta de educación, de las demandas que la sociedad nos impone. **TODAS** queremos la vida: la vida nuestra y la vida de las hijas y los hijos que escogemos traer al mundo para que lo habiten como seres humanos amados, sanos, instruidos, deseados y dignos de su humanidad.